

LYRA

Un puñal cae a mis pies, y vuelve a sonar la voz: "¿Aceptas morir por el pueblo Awa?"

Es ahora o nunca. Debo decidir si merece la pena sacrificar mi vida por toda esa gente...

* * *

Aquella mañana llegué más pronto que de costumbre al mercado de la aldea. No había ningún otro vendedor, así que me tomé con más calma la tarea de preparar mi puesto, donde llevaba ya dos años (desde que cumplí 14) vendiendo fruta. En realidad a mí me habría gustado dedicarme a cualquier otra cosa, y no esa aburrida rutina en la que nada cambiaba: siempre los mismos clientes a las mismas horas que compraban siempre las mismas frutas. Nada había sido distinto hasta ese día.

Además, mi vida no era lo que se puede decir feliz. Desde que mis padres murieron por una extraña enfermedad cuando era pequeña, había vivido sola. Como su muerte no fue por la causa más común, la gente del pueblo y los niños de la escuela no se acercaban a mí. De hecho, solo hablaba con el paradero y ya era una suerte que la gente quisiera comprarme fruta.

La verdad era que me sentía sola, como si no estuviera allí, como si fuera invisible... Mi madre siempre decía que todos nacemos por una razón, que cada persona tiene una misión en la vida, y yo albergaba la esperanza de encontrar la mía.

Cuando terminé de colocar todas las frutas con sus respectivos precios, una anciana se acercó. Tenía el pelo gris peinado en un moño bajo y andaba encorvada, con una cesta de mimbre colgando del brazo.

Me sorprendió tanto que pegué un banco al verla: era la primera vez que venía por aquí, pues conocía perfectamente a todos los habitantes de mi aldea. Sin hacerme caso, empezó a ojear las frutas. Me puse tan contenta de tener una nueva clienta, que además era de otro pueblo, que me olvidé de atenderla, así que tardé unos segundos en saludar.

-Buenos días, ¿debea comprar algo?

La anciana me miró perpleja, después giró la cabeza hacia detrás y volvió a mirarme.

¿Le gustan esas manzanas? Las llaman manzanas de luna porque las cosechan en luna llena. Están deliciosas, de hecho las han traído esta mañana - le dije, recordando una antigua tradición y dispuesta a no perder a esta nueva clienta.

Como respuesta, negó rápidamente, se dio la vuelta y se alejó de mi puesto. Claramente, no estaba muy bien de la cabeza.

El día siguió como de costumbre y no volví a verla hasta unas semanas después.

Yo estaba cerrando, y como solía esperar a que anocheciera para guardar todo, no quedaba ningún otro puesto abierto. Entonces, la vi. Esta vez no venía sola, sino con un hombre más joven que ella. Se acercaron con lentitud, y cuando se situaron frente a mí, les saludé:

-Buenas noches, ¿viene a por fruta? - intercambianon una mirada - Solo me quedan cerezas y manzanas de lu...

-Buenas noches. No nos interesa tu fruta - me interrumpió el hombre - ¿Cómo te llamas?

-¿Yo? - ¿pon qué me lo preguntaba? ¿Debía decirselo? - Eh... Lyra.

-Bueno, Lyra, vamos a sentarnos - dijo amablemente, señalando a un banco cercano.

Me senté y esperé a que los extraños visitantes hicieran lo mismo, pero solo la anciana me imitó. El señor se colocó enfrente de mí y siguió hablando.

-Verás, es complicado de explicar, pero eres una Nircyra.

-¿Una qué?- le interrumpí, nerviosa. Él estaba igual de loco que la señora -Perdona, pero voy a tener que irme, no quiero llegar tarde.

Me levanté, pero él me agarró de la muñeca y me hizo parar.

-Nosotros somos Awas, seres que llevamos existiendo desde hace miles de años, y que solo podemos ser vistos por muy poca gente, los Nircyras. Somos visibles 24 horas después de la luna llena - señalé al cielo, donde se distinguía una brillante luna llena. - El resto del año vivimos solos, sin poder comunicarnos ni entre nosotros. Necesitamos ayuda. Por favor, ve al bosque, al Cruce Espiral, la próxima luna llena - me saltó la mano, agarró a la anciana del brazo y se fueron rápidamente por la calle.

Yo me quedé unos instantes en silencio, quieta. Todo lo que había dicho era mentira, ¿no? Lentamente, me dirigí a mi casa, y no pensé más en ello.

El día siguiente fue normal. Ya había decidido que la noche anterior me había encontrado con dos locos a los que debía ignorar, cuando volvieran a aparecer.

Me asusté y, dispuesta a confirmar que no estaban bien de la cabeza, me dirigí al panadero y los señalé. No había casi nadie en la plaza que hay delante de nuestros puestos. Él me miró extrañado, y como no sabía a qué me estaba refiriendo, le susurré:

-¿Conoces a esos de ahí?

-¿Quiénes?- preguntó, y volví a mirar hacia donde había señalado antes. Estaban los dos ahí, delante de mi puesto, mirando las ciruelas. No había nadie más. Era imposible que no los viera, a no ser que...-¿Los señores Glimm que están en la carnicería?

Negué con la cabeza, no los veía. Una mujer estaba esperándome, así que yo decidí ir a ver qué querían ellos. Discretamente, me puse de forma que no quedara raro que estuviera mirando a donde otros no veían nada, y antes de que pudiera hablar, el hombre dijo:

-La próxima luna llena, en 28 días. Cruce Espiral en el bosque. Ya has comprobado que no miento.

Los siguientes días se me hicieron muy largos. Después de pensármelo mucho, había decidido que iría. Aunque pudiera ser peligroso, me daba igual: ya estaba harta de mi monótona vida en la que nadie me hacía caso y era como si no existiera. Ya era hora de que algo distinto pasara.

Con esto en mente, el día acordado me encontraba en el Cruce Espiral. Cuando ya había comprobado como 10 veces que había luna llena y que estaba en el lugar correcto, apareció el señor subido a un caballo y sujetando otros con unas riendas. Sin decir nada, me hizo una seña y me monté al segundo caballo.

Cabalgamos en silencio durante unas horas por el bosque, y cuando estaba amaneciendo, distinguí a lo lejos una torre. Conforme nos fuimos acercando, vi que no era solo eso, también había una muralla y cuatro torres más. Justo al llegar a una entrada en la muralla, el hombre habló por primera vez en ese día:

-Estamos a punto de llegar a la Ciudad Auro. Aquí es donde vivimos.

Y, acto seguido, una gran puerta de madera se abrió y entramos en la ciudad.

Las calles estaban llenas de gente animada hablando, de niños corriendo...
Ojalá hubiera podido tener yo esa vida tan feliz...

-Por cierto, se me había olvidado comentarte algo - dijo de repente - yo soy el gobernador de los Awas. Se podría decir que el rey, por eso se me encomendó a mí la misión de buscar a una Miracyra para ayudarnos.

Al ver mi cara extrañada, pues no entendía cómo podía ayudar, siguió:

-Como ya te he dicho, vivimos todo el año en la soledad, excepto por los días siguientes a la luna llena, por lo que casi no podemos relacionarnos, es una vida muy dura.

Yo entendía perfectamente a qué se refería. Era exactamente lo que me pasaba a mí, solo que yo sí era visible... Definitivamente, iba a intentar ayudarlos.

-¿Qué es lo que tengo que hacer?

-Te lo explicaré dentro - respondió, y señaló a una puerta que teníamos delante. Sin darme cuenta, ya habíamos dejado atrás la entrada a la ciudad y estábamos enfrente de un gran portón de metal por el que se accedía a un palacio.

Entramos y siguió hablando:

-Verás, hay una antigua leyenda que dice que si una Miracyra va al círculo de piedra del palacio y hace lo que éste le diga, los Awas seremos liberados, y nuestra maldición se romperá, por lo que seremos un pueblo feliz, normal. Dejaremos de ser invisibles.

Después caminamos hasta que entramos en una gran estancia decorada lujosamente y con un círculo de piedra en el centro. No había nadie más.

El rey se colocó a un lado y me situó en el centro de piedra. Nada más haber puesto un pie, una voz resonó:

"La leyenda solo podrá cumplirse si Lyra acepta dar su vida a cambio de la visibilidad de los Awas." Dicho esto, un puñal cayó a mis pies y volvió a sonar la voz. "¿Aceptas morir por el pueblo Awa?"

* * *

Ha pasado ya media hora de eso y sigo pasmada en el círculo de piedras. Después de mucho pensar, creo que ya sé lo que haré. Me sacrificaré por ellos. Sé muy bien lo que es estar en su situación, de no poder hablar con nadie y de sentirte sola, sin ninguna persona en quien confiar o contar. También sé que me va a costar, pero dejaré que seiban felices aunque tenga que morir por ello.

Decidida, doy un paso al frente y cojo el puñal.

-¿Estás segura? - pregunta el rey.

Yo asiento con la cabeza. No sé lo que pasará, pero tengo claro que ya solo hay una salida. Esperando que toda vaya bien, agarro el puñal por el mango y me lo clavo en el estómago. Una luz sale del círculo de piedra, y la voz de antes dice algo que apenas logro entender, creo que los Awas por fin son libres.

sin tener tiempo de hacer nada más, esbozo una sonrisa feliz, ignorando que ya todo se va a acabar, que estoy cubierta de sangre y que mi vida está llegando a su fin.

Solo puedo pensar en que toda una población podrá vivir como yo nunca pude gracias a mí, y entiendo lo que decía mi madre: yo habré nacido para salvar a los Awas.

Con esto en mente, y por primera vez en mi vida sintiendo felicidad de verdad, todo se apaga.

FIN